

Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe

MIGUEL DAZA

Introducción y edición de

ANA MARTÍNEZ MUÑOZ



Universidad
de Alcalá

SERVICIO DE PUBLICACIONES

✻ 2019 ✻

1. El bienaventurado padre Daza: una propuesta de identificación

Sin duda alguna, la recuperación del nombre del autor representa una de las cuestiones más complejas en el estudio del *codex unicus* que nos conserva la *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*, compuesta en 1583 (BNE, ms. 6602). Pues, a falta de otros datos que tal vez hubieran podido proporcionarnos los folios desprendidos del primer cuaderno del manuscrito, la única referencia explícita sobre este particular la encontramos en el soneto final dirigido «al lector», escrito por «Agustín de Mora, comisario de probisión de la Armada del rey nuestro señor» (f. 376r). Allí, en el último verso del poema, se da como autor de este libro de caballerías a un tal «padre Daça», del que se nos dice que goza ya de la bienaventuranza prometida a quienes obtienen las virtudes teologales enumeradas en el terceto precedente: «Quien alcança las tres las quatro espere, / do consiste la bienabenturança / de que goça su autor, el padre Daça» (f. 376r). Por fortuna para nosotros, esta escueta alusión resulta ampliada gracias a una anotación de la misma mano encargada del traslado de la obra, en la cual puede leerse: «que es Miguel Daça». Aclaración que, por tanto, descarta por sí misma el carácter autógrafo del testimonio.

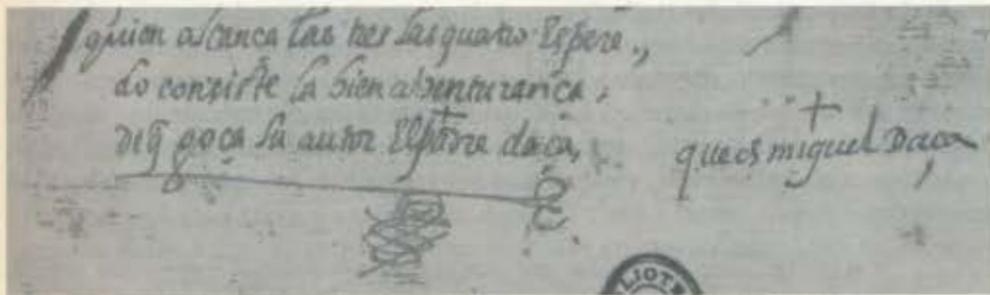


Imagen 1. Detalle del soneto al lector compuesto por Agustín de Mora. Ms. 6602, BNE, f. 376r (Biblioteca Digital Hispánica).

Lamentablemente, ni la reconstrucción del *iter* del manuscrito, ni el repaso a su parca tradición bibliográfica han podido añadir detalle alguno a tan escasas informaciones. Por lo que las únicas pistas ciertas en el reto que plantea la identificación del padre Daza deben extraerse de las circunstancias sugeridas por el poema, a saber: que el creador del *Caballero de la Fe* hubo de ser un miembro del clero llamado

Miguel Daza, que para el momento en que se llevó a cabo la puesta en limpio de su obra debía de haber fallecido. Puesto que, lejos de emplearse en su significado amplio de 'felicidad humana' (*properitas, felicitas*), la *bienaventuranza* con la que se relaciona al padre Daza es presentada como una meta a la que se llega tras el ejercicio del libre arbitrio terrenal y de cuyos bienes se «goza» eternamente (*beatitudo*); siendo por tanto *bienaventurado* «el que salió de esta vida y está ya gozando de Dios en el Cielo» (*Diccionario de autoridades, s. v.*). Una interpretación que, como comprobaremos, se aviene a la perfección con la compleja naturaleza textual del testimonio.

Así las cosas, hubiera resultado de todo punto inviable esclarecer la identidad de este autor, de no ser por la existencia de otros datos complementarios contenidos en el cuerpo de la obra, que permiten cribar la abundante homonimia proporcionada por la documentación de época. En efecto, Miguel Daza dispone voluntariamente dos puertas de acceso a su persona en el interior de su ficción caballeresca: de un lado, el narrador lleva a cabo una serie de reconocimientos autoconscientes a lo largo del libro, con los que se despoja abiertamente de su máscara de traductor o cronista omnisciente para remitir a su entidad real de creador; de otro, el autor dota de vida literaria a numerosos personajes históricos con los que debió de guardar una relación al menos indirecta, disfrazando sus nombres de modo tal que hubieron de ser lúdicamente reconocidos por sus coetáneos. Ciertamente, ambas operaciones constituyen rupturas del pacto mimético de muy distinta índole; sin embargo, las dos tienen en común el valor de ofrecernos datos relevantes sobre la figura del padre Daza.

Así, en el conjunto de desafíos metaficcionales que presenta *El Caballero de la Fe*, pueden localizarse un par de pasajes en los que Miguel Daza parece estar queriendo indicar con manifiesta ironía su lugar de procedencia, apuntando en ambas ocasiones hacia las proximidades de Sigüenza, en la provincia de Guadalajara. En el primer ejemplo, el narrador propone un distanciamiento humorístico del conocido tópico del manuscrito encontrado, cuestionando al estilo cervantino la piedra angular de la construcción del discurso ficcional en los libros de caballerías. Se trata de un fragmento del libro primero, en el cual el narrador-traductor pretende asentar la verosimilitud de los hechos narrados sobre la irónica veracidad que ofrece su relato del hallazgo del manuscrito:

Y si no, sea como quisiéredes, que esta istoria de Nictemeno, como es tan antigua, algunas cosillas tiene no tan averiguadas; aunque en lo demás tanta verdad se trata en ella en lo que toca a la historia como es verdad qu'el sabio Nictemeno sirio la escribió y que estuvo el libro en una arca de plomo enterrado quinientos años en la ribera del Enares, junto a su nacimiento en una populosa ciudad llamada Orna (que como esto es verdad, así lo es la istoria) (10, I; f. 34v).

La misma desautorización de este *topos* fundamental se llevará a cabo en el libro tercero, en el que curiosamente volverá a remitirse a este territorio de la ribera del Henares, concretamente a «un lugarexo pequeño del reino de Castilla», llamado Po-

zancos; esta vez, en el momento de enunciar el lugar del descubrimiento de un manuscrito que sirve de lectura a la princesa Alejandra, ni más ni menos que «el primer libro que llamáis de matahombres o de caballerías del mundo» (23, III; f. 275v). Como revelan estos fragmentos, el autor hace referencia en su obra a dos poblaciones pertenecientes al municipio de Sigüenza: Horna y Pozancos. Coincidencia que todavía resulta más significativa si se tiene en cuenta la importante presencia que adquieren en la obra ciudades tan próximas como Medinaceli y Guadalajara; en las cuales, como luego veremos, se sitúan dos importantes palacios que sirven de escenario a las andanzas de los protagonistas del *Caballero de la Fe* –ambos, trasunto literario de los que poseían en la realidad la familia de la Cerda y los duques del Infantado–. A partir de estos datos, sería lícito plantear la posibilidad de que el padre Daza fuese natural de esta región, como felizmente puede confirmarse en virtud de una de las múltiples apostillas marginales de la obra encargadas de descifrar personalidades en clave.

La anotación a la que nos referimos acompaña a un interesante pasaje del segundo libro, en el que los caballeros Ardoniso y Feridano mantienen en la Isla de la Enamorada Comeria un extenso debate sobre la licitud de la literatura de ficción, al hilo del cual el segundo de ellos aduce como autoridad en la cuestión a su ayo Rogerio, «un barón principal y santo, obispo lucense» (7, II; f. 125r). Junto al nombre de este personaje una nota consigna el de «D. Ferdinando Vellosillo», a quien debemos identificar con el que fuera obispo de Lugo entre los años 1567 y 1587, tras su participación como destacado teólogo en el Concilio de Trento: don Fernando Vellosillo Barrio, ilustre prelado ayllonense, conocido también por su labor docente en el Colegio Mayor del Arzobispo de la Universidad de Salamanca y de su homóloga en Sigüenza, donde en 1547 obtuvo la cátedra de Vísperas y en 1550 la de Prima con la prebenda de magistral. Un personaje, por tanto, vinculado también a la mencionada villa arriacense, en cuyas aulas universitarias coincidió precisamente por aquellos años con un doctor llamado Miguel Daza.

Así se recoge en unas actas claustrales de mediados del siglo XVI que el historiador Isidoro Montiel recuperó y transcribió en una tesis dedicada al estudio de la Universidad de Sigüenza (Montiel, 1963: II, 131 y 161)¹. En la primera de ellas, fechada el 11 de abril de 1551, se presentan convocados a claustro un total de dieciséis doctores y maestros del llamado Colegio-Universidad de San Antonio de Portaceli («todos graduados en esta universidad, y reunidos en la Cámara Rectoral del dicho colegio»), entre los cuales figuran el doctor Fernando Vellosillo, en calidad de catedrático de Teología, y Miguel Daza, en calidad de doctor. De igual modo, el doctor Miguel Daza aparece nuevamente junto a Fernando Vellosillo en otra acta de 1559, en la que se recogen diversas órdenes de claustro². Esta coincidencia en nombre, lugar y fechas parece aconsejar la asimilación del doctor Daza al autor del *Caballero de la Fe*; quien, no en vano, parece haber tenido al futuro obispo lucense como «ayo» o maestro, tal y como parece sugerir la narración.

¹ La concurrencia de ambos personajes en estas actas fue puesta de manifiesto por M.^a Carmen Marín Pina en un artículo dedicado a las «letras de invención», en *El Caballero de la Fe* (2015: 263-281).

² El manuscrito original en el que se conservan ambos documentos se encuentra en el AHN, Universidades, Universidad de Sigüenza, 1236, ff. 1-9; ff. 20v-21r, respectivamente.

Libro primero de la primera parte de la Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe

ff. 10r] [Capítulo 3]^{viii}

[...]

La cabeça sin tocado, con la cana melena sin concierto, esparcida cual suele ser la de las infernales furias cuando a los condenados azotan. Era el cabello no muy largo, raro y grueso y de un ceniciento color abominable. La corta y arrugada frente tenía poblada de abominable vello, mostrándose en ella unas pobladasix cejas de algunos tan gruesos cabellos que ser cerdas de alguna fiera parecían, y el sobrecejo tan arrugado y caído cual es el de las viejas monas o espantables simios del África, teniendo entre ceja y ceja una verruga vien tan grande como una nuez, de tan abominable color y echura que mucho aumentaba su fealdad.

Debaxo d'este sobrecejo mostraba dos ojuelos: el uno ciego, de una nube tan fea que parecía d'él salirle llamas de encendido fuego, teniendo la pestaña inferior renegada, mostrando un sangriento color úmedo de abominable materia y asqueros'agua; el otro tenía como un encendido rubí y tan pequeño que apenas se le veía, tiniéndole a la sombra de un arrugado y feo pálpebro. Desde allí se le descolgaba una nariz simia

y tan undida que parecía en aquel güeco podérsele esconder una mançana, teniendo las ventanas tan anchas y feas como un etiopiano; debaxo de la cual se le mostraba una tan fea, grande y desdentada boca que sola ella bastaba a hacer feas mil mugeres, teniendo la punta de la varvilla vuelta para arriba con tanta fealdá que parecía ser algún infernal monstruo enviado del inf[i]erno para nos mostrar por él la endemoniada figura de los condenados. El cuello y abominable garganta era tal cual para tan endemoniado jesto convenía. Lo que mostraba de pies con parte de aquellas endiabladas piernas eran tan delgadas, arrugadas y feas, de un sangriento color afeadas, que parecían ser de alguna desollada vestia de días muerta.

Traía este demonio o vieja, o lo que era –dize Nictemeno–, en la mano derecha una espantable bíbora y en la izquierda un libro no muy grande, encuadrado en unas tablas de oro fino guarnecidas de preciosas piedras. Y, al cuello, de una cinta de un cuero de serpiente, traía colgado como joyel un ^{ff. 10v]} retrato o medalla de un feo cabrón con unos cuerneçuelos, echo de hermosas perlas orientales. Y al cuello de la serpiente venían dos cabeças colgadas